



PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN Y/O DIFUSIÓN

RICARDO CERVERA CON LA GENERATIVA



tu alimentación. Es una definición cínica que pone de relieve un factor clave de la política: hacen falta cuentos que legitimen las acciones y comportamientos políticos. De otro modo: es imperativo dotar a la política de unos discursos que justifiquen ciertas iniciativas y propósitos, si no habría que gobernar apostando únicamente a la coerción. Hacen falta unos relatos que consigan la obediencia espontánea de la ciudadanía o, al menos, de parte de ella.

La frase de mi viejo ya no tiene sentido en el Perú de hoy. Los cogoteritos ya no hacen el esfuerzo de mentirnos. Las decisiones y comportamientos políticos ya no buscan ser legitimados a través de discursos, justificaciones o argumentos. Gobernar es la afirmación achorada de que hago esto porque puedo y seguiré haciéndolo mientras no me lo impidan. Castillo inauguró ese camino y su vicepresidenta con el



**El Perú de hoy, en cambio, se parece a una sociedad política que opta por desertar de las regulaciones instituidas en el pacto y así volver a ser un agregado de individuos regidos por la violencia y el miedo a sufrirla”.**

Congreso lo han perfeccionado. Así somos y así nos comportamos, ¿no te gusta?, vácame pues, qué tanto. Silencio ante la Fiscalía, tampoco damos entrevistas. “Tu mamá”.

Una política que renuncia explícitamente a buscar dotarse de legitimidad, que cultiva con convicción su desaprobación popular unánime es un fenómeno muy extraño. Y tóxico porque hacia la ciudadanía funciona como una pedagogía cotidiana del abuso y la arbitrariedad sin más.

El asunto es que los sistemas políticos poseen dos herramientas para que la gente obedezca la ley: la legitimidad y la coerción. En el Perú asistimos al desmontaje simultáneo de ambas.

A este proceso por el cual el sistema político se va quedando sin representación ni represen-

tantes, sin partidos, programas ni vínculos entre la sociedad y el Estado, le hemos llamado –con Rodrigo Barrenechea– el “vaciamiento democrático”. Y a su resultado, la democracia vaciada. Pero suelo decirme que si el diagnóstico es correcto, también es incompleto. Los síntomas del vaciamiento desbordan el ámbito democrático. Se perciben en una sociedad harta y a la defensiva; en un empresariado que abandonó la promesa neoliberal y tecnocrática de una prosperidad compartida para funcionar desde las coordenadas de la salvación mercantilista; una tecnocracia sin techné ni cratos (¿alguien dijo MEFetrefe?); en rectores universitarios que se precian de no haber leído un libro.

Paradójicamente, este sistema lánguido y vacante se despliega mientras el mundo se carga de sentido; mientras la historia está de vuelta. Donde sentido e historia, desde luego, no es algo necesariamente positivo ni tampoco algo que podamos descifrar por completo aún. Por ejemplo, la guerra en Ucrania implica la resurrección de viejas tensiones geopolíticas y la readaptación a nuevas prioridades e intereses. O la escalada entre Estados Unidos y China a muchos niveles reactualiza la idea de la guerra fría o cualquier término sucedáneo que capture esta nueva situación.

En particular, la llegada de Trump trae de vuelta palabras como oligarquía, imperialismo, nacionalismo, algunas de las cuales yacían entre telarañas; o apellidos enterrados como Monroe son exhumados, mientras se despliega la voluntad de no dejar piedra sobre piedra del mundo liberal que surgió tras la caída del comunismo. Como sugiere Branko Milanovic en un artículo reciente, esta nueva etapa histórica aún no tiene nombre, pero ya comenzó.

Y más cerca de nosotros alguien tan ponderado y lúcido como el economista argentino Pablo Gerchunoff le endilga a Milei un perfil “revolucionario”. Y agrega: “Y así como te digo que Milei no es Macri, en algún sentido Milei es más parecido a Cristina [Fernández de Kirchner]. Porque la ideología importa, la narrativa importa, la voluntad importa, no importa solo la gestión”. O sea, lo contrario de la política vaciada.

El sistema político peruano más que fragmentarse se ha astillado. Y ejercer la carpintería a base de astillas se ha convertido en el oficio improbable del analista político. ♦